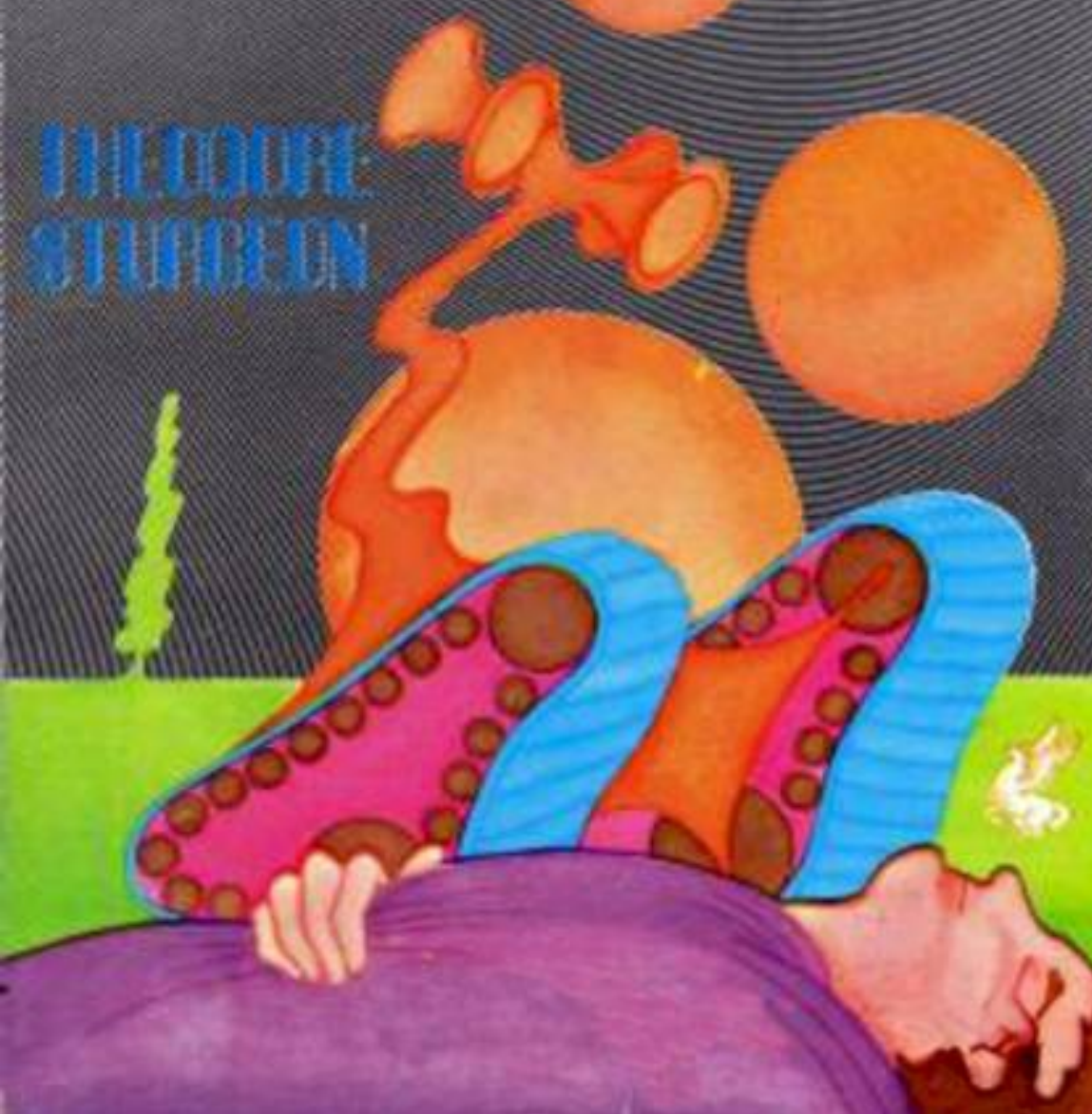


# Violación CÓSMICA

THE DOOR  
STUFFED ON



Durante los incontables eones de su existencia, la Medusa se había deslizado a través de las inmensidades del espacio, devorando galaxias enteras, absorbiendo y controlando los planetas y las especies del cosmos. Ahora se encontraba lista para expandirse más aún. Y esta vez la Tierra era su presa. Había dejado caer sus huevas en muchas fantásticas oquedades, pero nunca se había encontrado con un ser tan desconcertante como Gurlick. Sólo percibía lo que Gurlick podía percibir, y (desgraciadamente para el orgullo de nuestra especie) a Gurlick mismo. Una galería de personajes imborrables: la pacata y a la vez sensual Prudencia Carmichael; Paul Sanders, el seductor; Guido, el músico sensible y desgarrado; el niño Henry, víctima de una neurosis conmovedora... todos unidos a través de Gurlick y la Medusa, ahora parte y miembro de algo mucho más grande: la humanidad colmenar.

Novela intermedia entre *Más que humano* y *Venus más X*, completa las ideas de Sturgeon sobre la gestalt y el destino del hombre, como ser social e individual. *Violación cósmica* es la única novela de ciencia ficción de Sturgeon que aún permanecía inédita en castellano.

a Hal Spier,  
quien estaba allí

## Capítulo 1

—Voy a romperte la cara, Al —dijo Gurlick—. Te voy a quebrar las costillas. Voy a hacer saltar este lugar por los aires, junto contigo y tus apestosas bebidas. ¿Alguien las quiere acaso? ¿Me oyes, Al?

Al no lo escuchaba. Al estaba tras la barra de su establecimiento, a tres calles de distancia, probablemente aún rojo de indignación, aún sacudiendo su gran cabeza calva en dirección al portal por donde Gurlick se había largado, todavía repitiendo lo que sus clientes acababan de presenciar: Gurlick emergiendo de la noche húmeda y oleosa, zalamero con Al; forzando una sonrisa que casi era una mueca en su irregular y morena barba rala, ladeando la cabeza, entrecerrando sus ojos de un verde enfermizo, turbias las pupilas.

—Se metió aquí —estaría contando Al por cuarta vez en nueve minutos— con el cuento de «mi buen Al, aquí está tu compinche», y «ya me conoces Al, qué tal un trago de lo que *tú* sabes» y todo lo que dije fue «sé que estás bien, Gurlick, lárgate de aquí, no te daría arena ni en una playa»: y entonces escupió así, justo sobre la barra, salió corriendo, asomó la cabeza a través de la puerta y me dijo que soy un...

El santurrón de Al no mancilló sus labios con la palabra. Y el tipo del *gin tonic* de junto a la puerta estaría sacudiendo la cabeza como buen entendedor y diciendo: «Un hombre no debe mencionar a la madre de un tío, pase lo que pase», mientras el tipo de la cerveza ya tibia desde hace rato apretaría la mano sobre su copa, caliente como sopa y

descabezada como Ana Bolena, y salmodiaría al decir «Tienes razón, Al, toda la razón».

Gurlick, ahora cuatro calles más abajo, echó un vistazo sobre el hombro y vio que nadie lo perseguía. Redujo su desgarbada carrera a un trote y luego a un pesado arrastrar de pies, encorvando los hombros y haciendo presión contra la niebla arrastrada por el viento. Seguía maldiciendo a Al, y al tipo de la cerveza, y al del *gin tonic*, anunciando que los cogería a uno por uno o a todos con una sola mano.

No haría nada por el estilo, por supuesto. No era su estilo. Hubiera sido una muestra de éxito, y era demasiado tarde en su vida para que Gurlick, sin ayuda, comenzara algo nuevo y diferente con éxito. Su primer aliento había sido inoportuno y a destiempo, y desde entonces nada le había salido bien. Mendigaba con torpeza y robaba cuando no corría ningún peligro, lo que no sucedía a menudo, y desplumaba a los borrachos cuando estaban sin conocimiento, solos y ocultos. Dormía en depósitos, vagones de carga, camiones aparcados. Trabajaba sólo en circunstancias extremas, y nunca había llegado a durar más de dos semanas.

—Los tajearé —musitó—. Les romperé la cara, les...

Entró furtivamente en un callejón y tanteó a lo largo de la pared hasta un tacho de basura que conocía. Era el tacho de basuras de un restaurante y a veces... Alzó la tapa y al hacerlo vio algo pálido que se deslizaba y caía al suelo. Parecía un bollo y trató de pescarlo al vuelo, pero falló. Se detuvo a buscarlo y parte de la pared brumosa junto a la que se hallaba pareció despegarse y volverse sólida y peluda; con un rascar de uñas pasó entre sus piernas. Gurlick tragó saliva y con un espasmo histérico, casi como una rata, lanzó una patada rencorosa.

Su pie encontró algo sólido y el animalito voló por el aire y cayó pesadamente junto al seto, bajo la húmeda y mortecina luz de la calle. Era un perrito blanco, casi muerto de hambre. Aulló dos veces, débilmente, trató de incorporarse y no pudo.

Cuando Gurlick vio que estaba indefenso se rió con fuerza, corrió hacia él y lo pateó y pisoteó hasta que estuvo muerto, y con cada golpe su sed de venganza aumentaba. *Este es para Al, y este otro para los dos moscardones del bar y uno para los polis y otro para todos los jueces y carceleros, y uno bien fuerte para cualquiera que fuera dueño de algo, y como remate, uno para la lluvia.* Cuando acabó era un hombre bastante importante.

Sin aliento, regresó jadeante al tacho de basura y buscó hasta que encontró el bollo. Estaba empapado y escurridizo, pero era media hamburguesa que algún derrochador había arrojado en el callejón, y eso era todo lo que importaba. La restregó con la manga, sin que la manga o el bollo cambiaran apreciablemente, y se embutió la pastosa y grasienta masa en la boca.

Emergió a la luz y levantó la vista a través de la niebla hasta los cuadrados salientes de los edificios que se erguían a su alrededor para vigilarlo. Era un hombre que había luchado y matado por lo que era legítimamente suyo.

—No te metas conmigo —gruñó a la ciudad.

Una especie de intoxicación lo inundó. Se sintió igual que en el comienzo de ese sueño que siempre retornaba, donde caminaría por un polvoriento sendero junto a un lago, sintiéndose bien, sintiéndose fuerte y a la expectativa, sabiendo que estaba por toparse con el montón de ropa sobre la orilla. No estaba soñando en ese momento, lo sabía; había demasiado frío y humedad, pero enderezó los hombros de todas maneras. Comenzó a caminar, mirando hacia arriba. Desafió al mundo a contemplarlo. Dijo que lo iba a sacudir y a derribarlo y a pisotear su gorda cara.

—Sabréis que Dan Gurlick pasó por aquí —dijo.

Esta vez tenía toda la razón, ya que algo estaba dentro de él. Había estado en la hamburguesa y antes en el caballo con el cual la mayoría de las hamburguesas habían sido hechas, y antes de eso en dos pájaros, uno después del otro, que lo habían confundido con un grano. Antes de

eso... es difícil saberlo. Había caído en un campo, eso es todo. Era paciente y se contentaba con sólo esperar. Cuando el primer pájaro lo comió, advirtió que estaba en el sitio equivocado, y no hizo nada, y lo mismo ocurrió con el segundo. Cuando la contundente lengua del caballo lo recogió junto con un manojo de heno, tuvo algunas esperanzas. Se enderezó después de que los dientes del caballo lo aplastaran y dejó el tracto digestivo prontamente, para abrirse paso entre células y fibras hasta descansar en un ganglio. Allí sufrió una nueva desilusión, y muy a tiempo también... una vez penetrado en las cadenas de neuronas su naturaleza hubiera cambiado irreversiblemente, y tenido que permanecer con el caballo el resto de su vida. Tal como, de hecho, sucedió. Pero luego de que la cuchilla del carnicero lo rozara, y la picadora de carne lo retorciera, lo estrujara y lo estirara (pero sin separar ninguna de sus partes), pudo aún retomar su misión llegado el momento. Ocho meses en un freezer no lo afectaron en lo más mínimo, ni tampoco la grasa caliente. Fue vendido en un carro ambulante dentro de una caja llena de otras hamburguesas, y se enroscó en el fondo. El muchacho que mordió esta hamburguesa particular fue el único ser humano que alguna vez habría de verlo. Parecía una pasa de uva hervida o algo peor. El muchacho había tenido suficiente por entonces, de cualquier forma. Lo arrojó en el callejón.

La lluvia comenzó a caer con fuerza. La exaltación de Gurlick se desvaneció, sus hombros se encorvaron, la cabeza cayó sobre su pecho. Se arrastró pesadamente a través de la lluvia, y pronto se hundió en su nivel habitual de feroz desdicha. Y así permaneció por un rato.

## Capítulo 2

La chica se llamaba Charlotte Dunsay y trabajaba en la Contaduría. Era franca, risueña y muy atractiva. Tenía un soberbio pelo castaño con tonalidades rojizas y esa clase de ojos de topacio que generalmente pertenecen a un tipo muy especial de rubias. Tenía una figura que Paul Sanders, que era farmacéutico, consideraba como un desperdicio para el trabajo de oficina, y una auténtica privación cuando averiguó que su marido era un oficial de la Marina Mercante en viaje a Australia. En cuestión de horas, luego de haber llamado la atención de toda la oficina (lo que ocurrió en cuestión de minutos después de haber llegado) corrió la noticia de su encantador pero firme «Gracias, no, pero gracias».

Paul lo consideró un desafío directo, pero conservó la distancia y esperó el momento propicio. Decidió que éste había llegado cuando el proveedor de los botellones de agua fría le informó que el barco del marido de la chica había llevado la peor parte en su encontronazo con la Gran Barrera de Arrecifes, y había tenido que dirigirse con averías a Hobart, Tasmania. Paul anunció sus intenciones en el vestuario y se hicieron apuestas —11 a 2 a su favor—, guardando alguien el dinero. Era, de hecho, uno de esos incautos el que le había dado la pista del único detalle estratégico que se le había escapado. Tenía la ocasión (sábado a la noche), el lugar (obviamente el departamento de Charlotte, ya que ella no saldría) y la chica. Lo único que le faltaba era decidir cómo aparecer en escena él mismo, y no fue hasta que uno de los incautos dijo «Nadie entra allí si no es su es-



poso legítimo o un gatito enfermo» que obtuvo la respuesta. La chica había llorado cuando uno de los peces tropicales del jefe apareció una mañana flotando con el vientre para arriba. Había rescatado una mantis religiosa de manos de un contable que la estaba golpeando contra la ventana con la edición matutina del *Times*, y luego de dejar ir al pequeño monstruo verde, había salvado el amor propio del contable con unas palabras reconfortantes y una sonrisa que lo deslumbró por el resto de la tarde. Deja que ella tenga pena por ti y...

Así que el sábado a la noche, lo suficientemente tarde como para encontrar poca gente en los pasillos, pero lo suficientemente temprano como para que ella no estuviera ya en la cama, Paul Sanders se detuvo un momento frente al espejo del vestíbulo del edificio, observó con aprobación su aspecto un tanto llamativo, guiñó un ojo y se dirigió a la puerta de ella, golpeando suave e insistentemente. Escuchó pasos suaves y presurosos tras la puerta y comenzó a respirar ruidosamente, como alguien que contiene un sollozo.

—¿Quién es? ¿Qué ocurre?

—¡Por favor —gimió contra el panel—, por favor, por favor, señora Dunsay, ayúdeme!

De inmediato ella abrió la puerta una pulgada para echar un vistazo. «Gracias a Dios», suspiró él y empujó con fuerza. La chica saltó hacia atrás con las manos sobre la boca y él se escurrió dentro y cerró la puerta con la espalda. Estaba lista para ir a la cama, cosa que él apenas se había atrevido a esperar. La bata no era muy atractiva, pero lo que pudo ver del camisón estaba bien, muy bien.

—¡No deje que me cojan! ¡No deje que me cojan! —dijo con voz ronca.

—¡Señor Sanders! —Se acercó reconfortante, animosa—. Nadie lo va a coger. Entre y siéntese hasta que pase el peligro. ¡Oh! —gritó al ver el desgarrón irregular y la man-

cha de sangre que apareció al dejar él que su chaqueta se entreabriera— ¿está usted herido!

Él miró inexpresivamente la mancha escarlata. Luego alzó la cabeza e imprimió a sus facciones un gesto similar al de aquel muchacho espartano que niega saber algo de un zorro robado, mientras éste —oculto bajo su toga— le devora las entrañas hasta que se desploma muerto. Se alisó la chaqueta y la abotonó y sonrió y dijo:

—Es sólo un rasguño —después su cuerpo se aflojó, cogió el picaporte detrás de él, se enderezó y volvió a sonreír. Fue devastador.

—Oh, oh, venga y siéntese —gimió ella.

Se apoyó pesadamente sobre ella, pero cuidando donde colocaba las manos, y se dejó conducir al sofá. Lo ayudó a quitarse la chaqueta y la camisa. Era en efecto sólo un rasguño, laboriosamente realizado con las puntas de su tijera de uñas, pero era real, y ella no pareció encontrar sorprendente la cantidad de sangre. Un par de centímetros cúbicos sustraídos del laboratorio de plasma pueden hacer mucho en una camisa blanca deportiva.

Se recostó blandamente, respirando con lentitud, mientras ella volaba en pos de tijeras y vendajes y una jofaina con agua caliente, y le apartó el rostro de la luz hasta que optó por apagarla y reemplazarla por la débil luz de una lámpara de mesa, y entonces él comenzó la rutina de decirle que no contaría su historia porque era demasiado mala... que él no debería estar allí... que ella no debía saber de esas cosas, ya que él había sido un tonto... y así hasta que ella insistió que podía contarle lo que fuera, cualquier cosa, si es que eso lo hacía sentirse mejor. De modo que él le pidió que lo acompañara con un trago antes de empezar, ya que con seguridad no querría hacerlo después, y no había otra cosa que jerez, y él le dijo que eso estaba muy bien. Vació un frasquito que tenía en el bolsillo en su vaso y logró cambiarlo con el de ella, que cuando lo probó frunció levemente el entrecejo y observó el contenido del vaso, pero

en ese momento él estaba hablando hasta por los codos en un reprimido, oscuro e intrincado tono que debía esforzarse por oír y descifrar para entender. En veinte minutos su charla fue menguando hasta el silencio. Ella no dijo nada, pero permaneció sentada con los ojos ligeramente vidriosos fijos en su vaso, que sostenía con ambas manos como un niño que teme volcarlo. Él se lo quitó, lo colocó sobre el extremo de la mesa y le tomó el pulso. Era más lento que lo normal y bastante más acentuado. Contempló el vaso. No estaba vacío, pero había bebido lo suficiente. Se acercó a ella.

—¿Cómo te sientes?

Tardó unos segundos en responder, y luego dijo con lentitud:

—Me siento... —sus labios se abrieron y cerraron dos veces, sacudió la cabeza ligeramente y se quedó callada, mirándolo con fijeza con sus ojos de topacio ahora ensombrecidos.

—Charlotte... Lotie... pequeña y solitaria Lottie. Estás sola, has estado tan sola. Me necesitas, pequeña Lottie —canturreaba, observándola con cuidado. Cuando no se movió ni habló, cogió la manga de su bata con una mano y, moviéndose con seguridad y lentitud, tironeó hasta que la mano de ella se deslizó hacia adentro. Desató el cinturón con su mano libre, cogió su brazo y lo sacó de la bata—. No necesitas esto ahora —murmuró—. Eres tan cálida, tan cálida... —Arrojó la bata tras ella y liberó su otra mano. Ella no parecía entender lo que él estaba haciendo. El camisón era de trama de nylon, tan ligero como suelen serlo.

La atrajo lentamente hacia sus brazos. Ella levantó sus manos contra el pecho de él como para resistirse, pero no parecía haber fuerza en ellas. Su cabeza cayó hacia adelante hasta que la mejilla descansó blandamente contra la de él. Le habló al oído en voz baja, carente de énfasis o expresión.

—No debo hacer esto contigo, Paul. No me dejes hacerlo. Harry es el... nunca ha habido nadie excepto él, nunca debe haberlo. Estoy... algo me ha sucedido. Ayúdame, Paul. Ayúdame. Si lo hago contigo no podré seguir viviendo; me voy a morir si no me ayudas ahora.

Ella no le hizo ninguna acusación. Ni una sola vez.

Paul Sanders se sentó muy quieto y silencioso. No fue fácil. Pero a veces, cuando precipitas las cosas, éstas se salen de lugar, mareadas, aún enfermas, pero de cualquier modo fuera de lugar, y entonces eso es todo, hermano... Después de un tiempo en silencio sintió aquello que había estado esperando, el lento y sereno estremecimiento, y el suspiro. Esperó volverlo a sentir y llegó.

La sangre le latía en las sienes. Bien, muchacho, si no es ahora no será nunca.

## Capítulo 3

La carcasa del viejo camión yacía olvidada en la parte de atrás de un desguace que jamás nadie visitaba. Gurlick no lo visitaba; vivía en él la mayor parte del tiempo. A veces, el tiempo era tan rencorosamente frío que no le servía, y en la época más calurosa del verano se alejaba de allí por semanas enteras. Pero por lo general le servía muy bien. Lo protegía del viento y no dejaba entrar a la mayor parte de la lluvia; era sucio, oscuro y gratuito, tres elementos que eran puro Gurlick.

Fue en este camión, dos días más tarde de su encuentro con el perro y la hamburguesa, que fue despertado de un profundo sueño por... digámoslo así, la Medusa.

No había estado soñando esta vez con el montón de ropas en la orilla del estanque, y de cómo él se sentaría a esperar, y de cómo entonces aparecería *ella* fuera del agua, salpicando ruidosamente y no sabiendo que él estaba allí. Esta mañana no parecía haber lugar en su cabeza para el sueño ni para ninguna otra cosa, incluyendo su contenido habitual. Lanzó unos gruñidos y gimió, e hizo rechinar sus romos y amarillos dientes, y rodó por el suelo hasta sentarse, tratando de devolver la forma a su cabeza comprimida apretándola desde afuera. No pareció dar resultado. Se dobló sobre sí mismo y apoyó las rodillas contra las sienes para hacer aún más presión, pero eso tampoco dio resultado.

No es que la cabeza le doliera exactamente. Y tampoco era lo que Gurlick solía llamar una cabeza «loca». Por el contrario, parecía tener un equilibrio amplio, frígido y meticoloso: algo yacía como una lesión métrica en la superficie

interna de su mente. Se sentía capaz de contemplarla, pero —a pesar de estar dentro de su cabeza— la cosa existía en una dirección aterradora, y al principio él no se atrevía a mirar en esa dirección. Pero entonces comenzó a expandirse y a crecer, y en unos pocos minutos estremecedores y quejumbrosos no hubo en su cabeza nada excepto la nueva iluminación, esa ventana que se abría sobre dos galaxias y parte de una tercera, a través de los ojos y mentes de incontables miles de millones de individuos, culturas, enjambres, bandadas, tropillas, rebaños, parejas, hatos, razas, tropeles y otros tipos y cantidades de comunidades y grupos, complejos, sistemas y apareamientos para los cuales el idioma no ha encontrado aún términos: viviendo en estado líquido, sólido, gaseoso y en otra buena cantidad de combinaciones y permutaciones entre ellos, nadadores, voladores, reptantes, excavadores, pelágicos, roedores, flotadores y diversos tipos de piernas, ciliias y alas con conciencias que podrían ser llamadas la mente furtiva, la mente de emergencia, la de hélice, exaltada, a resorte o murmuradora, y otras mentes demasiado numerosas, demasiado difíciles o demasiado extravagantes para mencionarlas. Y sobre todo eso, la conciencia central de la criatura misma (aunque «central» es un término erróneo; la mente colmenar es engañosa)... la Medusa, el hombre galáctico progresivo, la superconciencia del animal ilimitado, del cual los habitantes de un planeta eran aquí un nervio y allí un órgano, donde culturas enteras eran ganglios especializados; la criatura de la cual Gurlick era ahora miembro y parte, aunque fuera un átomo menor de una molécula simple de una célula primitiva... esa poderosa conciencia se percató de Gurlick y él de ella. Se permitió contemplarla el tiempo suficiente como para saber que estaba allí, y luego bloqueó diecinueve vigésimos de su mente a la misma idea. Si uno colocara frente a Gurlick una página de los escritos de Immanuel Kant, él la vería; podría inclusive leer un cierto número de palabras, pero no le dedicaría ningún tiempo o esfuerzo. La ve-

ría y la desecharía, apartando su atención, y si uno la dejara delante de él, o la mantuviese allí, la seguiría mirando sin ver y esperaría a que la quitaran.

Ahora bien, en sus cultivos, la Medusa había dejado caer sus rugosas huevas en muchas fantásticas oquedades. Y si una de esas esporas esparcidas lograba sobrevivir, sobreviviría dentro y enlazada con la persona y la especie con la que se encontraba. Si la entidad receptora era un pez, entonces seguiría siendo un pez; actuaría como un pez, pensaría como un pez; y cuando se trataba de una «persona» (que es como los biólogos llaman a los pólipos que forman las increíbles colonias que llamamos hidromedusas), no hacía a un lado sus elementos de pez. Por el contrario, la Medusa estaba interesada en que mantuviera sus múltiples partes especializadas en el medio en el cual había evolucionado: el pez no sólo no dejaba de serlo, sino que en muchos casos lo era aún más. Por tanto, al instalar a Gurlick dentro de sí misma, él permaneció siendo... sólo Gurlick. Lo que Gurlick vio del (los) medio(s) ambiente(s) de la Medusa no llegó a interesarle. Lo que la Medusa percibía era sólo lo que Gurlick podía percibir, y (desgraciadamente para el orgullo de nuestra especie) a Gurlick mismo. No podía, como es posible suponer, recoger cada partícula de la información y experiencia de Gurlick, ni podía observar el mundo de Gurlick más que a través de los propios ojos y mente del hombre. Las respuestas a las preguntas que la Medusa formulaba debían estar allí, en ese depósito desagradable, pero eran inobtenibles hasta tanto Gurlick mismo las formulara. Esto siempre había sido un proceso lento para él. Pensaba verbalmente y sus concepciones se hilaban a una velocidad que era aproximada a la oral.

El efecto final era extraordinario; las irresistibles demandas lo asaeteaban desde la inmensidad, atravesando años luz con considerable menos dificultad que la encontrada en atravesar la delgada y resistente capa de poca concentración subjetiva de Gurlick, su no me importa, no entiendo,